

Los niños hacia su destino en el cosmos

(The children toward your destiny in the cosmos)

Leopoldo Vega Franco

“Cosmos es todo lo que es, lo que fue o lo que será”
Carl Sagan (Cosmos)

Es común que al hablar se haga indistintamente uso de las palabras *cosmos* y *mundo* referidas al “Conjunto de todas las cosas creadas”[§] y que hablamos de universo como sinónimo de cosmos (κόσμος) que por sus raíces significa *orden, disposición correcta*, aunque también significa *la belleza que emana de la armonía, del equilibrio, del orden en que están dispuestas las cosas*¹ y Carl Sagan,² en las primeras líneas de su célebre libro *Cosmos* define este vocablo, tal como aparece en el epígrafe, refiriendo al orden, belleza y armonía del universo.

En sentido figurado, cada uno de los seres humanos somos un universo desarrollado conforme a una secuencia ordenada de hechos neurobiológicos, propios de nuestra especie, pero con particularidades propias que definen nuestra identidad; así de cierta manera los niños son pequeños cosmonautas navegando por la infancia, la niñez y la adolescencia, en busca de su destino en el universo humano. Es por eso necesario que el ejercicio de la pediatría contemple como parte de sus responsabilidades, no sólo prever las enfermedades y atender a los niños enfermos, sino vigilar si el itinerario de su “viaje” hacia la adultez lo conduce a un adulto física y mentalmente sano, socialmente integrado y productivo.

Nuestro pecado original es que nuestra gestación como pediatras ocurre en instituciones hospitalarias donde el entrenamiento que recibimos va esencialmente dirigido a la atención de niños enfermos hospitalizados y en áreas ambulatorias, para dar seguimiento a niños enfermos; salvo algunas excepciones, en estos hospitales

recibimos poca o nula experiencia en el papel que luego ejerceremos en un consultorio privado.

Ante este vacío en nuestra formación como pediatras es oportuno aconsejar a quienes han decidido prepararse en esta especialidad que tan pronto tomen esta decisión empiecen a cultivar su intelecto con lecturas que les permitan conocer las particularidades del desarrollo mental y afectivo de los niños en cada una de las etapas de su vida evolutiva, para poder entender qué, cómo y por qué los niños y adolescentes adoptan formas particulares de la conducta, y cómo los padres deben afrontar y orientar la crianza de los niños: con inteligencia y atemperando sus correcciones para evitar desviaciones en el curso natural de los niños hacia su identidad propia; de no ser así como adultos sufrirán las consecuencias de los errores por omisión o comisión de parte de sus padres o por incidentes imprevistos en el destino de cada familia: por la separación o muerte de alguno de sus padres.

Es pues necesario que en el seguimiento de los niños el pediatra no sólo limite su responsabilidad a aplicar los esquemas de vacunación y a guiar a las madres acerca de la alimentación durante la infancia, la niñez y la adolescencia, y a rescatar la salud de los niños cuando éstos enferman. Debe también preocuparse por saber quién o quiénes están al cuidado de los niños, aconsejar a los padres acerca de las conductas positivas que deben aplicar en la crianza de sus hijos: desde la infancia hasta la adolescencia; aunque cabe reconocer que lamentablemente habrá siempre padres que no sigan sus consejos.

Como ejemplo de tal afirmación es la pobre respuesta que obtenemos al tratar de convencer a los padres que eviten excesos en la alimentación de sus hijos; cuando la madre y el padre son notoriamente obesos; o cuando recomendamos que los padres regulen el tiempo y los programas de televisión que pueden ver; cuando ambos pa-

[§] Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.

dres trabajan y los niños están al cuidado de personas ajenas a la familia. Este y muchos otros ejemplos hacen ver la dificultad de ejercer cabalmente lo que debe hacer un médico de niños; sin embargo, no por estos obstáculos debemos claudicar ante su tarea.

Como parte de la formación de pediatras y particularmente por la importancia de identificar tempranamente algún retraso en el crecimiento y desarrollo de los niños, que nos obliga a tratar de descartar algunas enfermedades "sílenciosas", durante nuestra formación nos familiarizamos con la secuencia de habilidades y conductas de los niños como respuesta ante estímulos que provocamos para reconocer si la evolución de los bebés está de acuerdo con lo esperado para su edad o si el retraso en la aparición de algunas habilidades es ya una señal de alarma, como cuando los niños no avanzan en su evolución motora (pues no sostienen la cabeza o se sientan) o la aparición del lenguaje se retrasa; o cuando los lactantes no muestran señales de socialización ante estímulos (como la sonrisa). En una u otra circunstancia, tácitamente pensamos que el retraso evolutivo (en niños nacidos al término de la gestación) puede ser la expresión de un problema neurológico serio o a consecuencia de desnutrición. Ante tal eventualidad es necesaria la valoración completa del niño con la escala de Denver (versión simplificada de la escala de Gesell) que puede ser útil para conocer las áreas del desarrollo neurológico afectadas.

Pero a un lado de nuestra preocupación por constatar que la evolución somática y mental de los niños transcurre dentro de lo normal, en el ensayo (que aparece en este número) acerca de las ocho edades del hombre, se puede ver la importancia que tiene la evolución afectiva en la infancia y la niñez como sustento del sentido de identidad de los adultos. Si bien Donald Woods Winnicott, quien durante más de cuarenta años dedicó su vida a esta especialidad y ejerció en forma paralela el psicoanálisis en niños y adolescentes, había hecho notar que durante el primer año de la vida la madre es el primer entorno del infante, y que de ésta depende que el entorno sea propicio para su desarrollo ulterior. Esta forma de pen-

sar coincide con la idea de Erikson, al afirmar que de la madre depende que el niño perciba la **confianza básica**, con la que afronta circunstancias generadoras de **desconfianza básica** para lograr como adulto el sano desarrollo de su identidad. De cierta manera ambos autores coinciden con la idea de que en cada una de las etapas del ciclo de vida enfrentamos alternativas de éxito o de fracaso y que esta fase inicial de la vida en gran medida va a depender de la madre.

Una coincidencia más acerca de la importancia de la relación entre el bebé y la madre en su desarrollo posterior la expresa Laura Gutman en una entrevista; esta psicoterapeuta usa el neologismo *maternaje* para referirse a la "nutrición emocional" que requiere el niño para desarrollarse con autonomía en el mundo de los adultos, de lo contrario como adolescente tendrá problemas relacionados con su comportamiento social: violencia, adicciones, alcoholismo y drogas.³

Después de leer el ensayo acerca de la teoría de Erikson me parece, por sus planteamientos, que en las etapas tempranas de la vida es crucial el sustento del desarrollo físico, mental y afectivo de los niños para así poder afrontar con éxito los conflictos de la adolescencia y como adultos logren con firmeza la identidad con la que confrontarán con fortaleza las debilidades en cada una de las etapas de su vida. Sin embargo, es mucha la responsabilidad de los padres, los médicos y los maestros, para que en la infancia y la niñez superen la *desconfianza básica*, la *vergüenza y la duda*, y después puedan enfrentar la *culpa, la inferioridad, la confusión de rol, el aislamiento, el estancamiento y la desesperación*, antes de emprender su viaje sin retorno, a una estrella en la inmensidad del cosmos.

Referencias

1. Cosmos-Mundo <http://es.wikipedia.org/wiki/Cosmos>
2. Woods WD. http://es.wikipedia.org/wiki/Donald_Woods_Winnicott
3. Di Maco L. Para poder cambiar el mundo hay que criar bien desde la cuna. La Nación Febrero 2008 <http://lamandinga.blogspirit.com/archive/2008/01/index.html>